

Homilías domingo 20 (Ciclo B)

+ Lectura del Santo Evangelio según San Juan

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos:

- Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo.

Disputaban entonces los judíos entre sí:

- ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

Entonces Jesús les dijo:

- Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.

El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come, vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron: el que come este pan vivirá para siempre.

Palabra del Señor.

Homilías

(A)

Queridos amigos: personalmente titularía el Evangelio de este domingo: "Estómagos sí, pero también el alma". Y no siempre es fácil ese equilibrio entre el estómago y el alma.

Muchos piensan que solo tienen estómago.

Otros tantos piensan que solo tienen alma.

Jesús dio de comer a la gente y se ausentó rápidamente, sacando a sus discípulos del ambiente de entusiasmo que se había creado, hasta pensar en declararlo rey.

Pero cuando la gente se dio cuenta de que ya no estaban, se apresuró a darles alcance en Cafarnaúm. ¿Sería que esperaban también el desayuno y el almuerzo?

Sin embargo Jesús, sigue con la misma letra del pan, pero le cambia la partitura musical. Y comienza a hablarles, no del pan que hacen los panaderos, sino del pan de la Eucaristía. Y se declara El mismo como “el pan vivo que ha bajado del cielo”. “El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”.

Y esta música ya les suena a otra cosa. “¿Cómo puede este darnos a comer su carne?”

El pan del estómago ¡todo lo que quiera! Y gratis, tanto mejor. Esta es música “pop”.

Pero el pan del espíritu, ¡como que no tenemos apetito! Esta música suena a gregoriano.

Es el eterno problema de los hombres con Dios y con la Iglesia.

Dios no acierta con los gustos nuestros.

Si no consigo trabajo, me enojo con Dios, que no me escucha.

Si mi hijo no entra a la universidad, la culpa la tiene Dios que no escuchó mi oración.

Si no me sana de mis enfermedades, le hago bronca por no atenderme.

Los que le seguían, totalmente conformes con un Jesús “panadero”.

Pero lo que ya no entienden es a un Jesús que él mismo se hace pan del espíritu.

Un Dios para el estómago, de acuerdo.

Un Dios para el espíritu, no lo necesitamos.

Si la Iglesia habla de Dios, habla del Evangelio, es demasiado espiritualista...

Si la Iglesia habla de política, de justicia social, inmediatamente muchos piensan que la Iglesia mejor si se quedara en la sacristía.

Algo no funciona bien en el lenguaje de Dios con los hombres o de los hombres con Dios.

No siempre el problema es la falta de pan.

Puede haber pan abundante.

Pero no es suficiente. Hay que tener también hambre.

Jesús se declara como el “pan de la vida”.

Pan abundante para todos.

Nadie queda excluido de sentarse a su mesa.

Pero como que nos falta el apetito.

¿Será que hemos llenado demasiado el estómago con el “pan de cebada” y hemos perdido el gusto por el “pan de puro trigo”?

¿Será que preferimos el pan que sabe a cebada y no tenemos el paladar para el “pan que sabe a Dios”?

Más de una vez he escuchado bendecir la mesa, antes de las comidas, con una fórmula que me encanta: “¡Señor, da pan a los que tienen hambre, y hambre de ti a los que tienen pan!”.

Cuando Dios les regaló el “maná” en el desierto, se quejaron de que “aquel pan no sabía a nada”, era un “pan sin sabor”. Y Dios les regaló unas codornices para que pudieran hacerse un bocadillo más apetitoso.

Y ahora Dios nos quiere regalar el nuevo “pan-carne”. El pan de vida que es el cuerpo entregado de Jesús por todos los hombres. Y siguen nuestras quejas: “¿Cómo puede este darnos a comer su carne?”. La pena es que Dios no nos regale primero un buen apetito espiritual, que es lo que más estamos necesitando.

(B)

En la Eucaristía tenemos que encontrar los creyentes el alimento que ha de nutrir nuestra vida de cristianos, de seguidores de Jesús.

Es cierto que la eucaristía es una comida compartida por hermanos que se sienten unidos en una misma fe. Pero, debemos tener muy claro, que lo más importante es la unión con Cristo que se nos da como alimento.

Si queremos redescubrir el hondo significado de la eucaristía, hemos de recuperar el simbolismo básico del pan y del vino.

Para subsistir, el hombre necesita comer y beber.

Y este simple hecho, a veces tan olvidado en las sociedades satisfechas del Primer Mundo, nos revela que la persona humana no se fundamenta ni se explica a sí misma sino que vive recibiendo la vida de forma misteriosa.

La sociedad contemporánea está perdiendo capacidad para descubrir el significado de los gestos básicos del ser humano. Sin embargo,

son estos gestos sencillos y originarios los que nos devuelven a nuestra verdadera condición de criaturas, que reciben la vida como regalo de Dios.

Concretamente, el pan es el símbolo elocuente que condensa en sí mismo todo lo que significa para el hombre la comida y el alimento. Por eso, el pan ha sido venerado en muchas culturas de manera casi sagrada. Todavía recordará más de uno cómo nuestras madres nos lo hacían besar cuando, por descuido, caía al suelo algún trozo.

Pero, desde que nos llega de la tierra hasta la mesa, el pan necesita ser trabajado por el hombre que siembra, abona el terreno, siega y recoge las espigas, muele el trigo, cuece la harina. El vino supone un proceso todavía más complejo en su elaboración.

Por eso, cuando se presenta el pan y el vino sobre el altar, se dice que son "fruto de la tierra y del trabajo del hombre". Por una parte, son "fruto de la tierra" y nos recuerdan que el mundo y nosotros mismos somos un don misterioso que ha surgido de las manos del Creador. Por otra parte, son "fruto del trabajo" y significan lo que las personas hacemos y construimos con nuestro esfuerzo solidario.

Ese pan y ese vino se convertirán para los creyentes en "pan de vida" y "cáliz de salvación". Ahí encontramos los cristianos esa "verdadera comida" y "verdadera bebida" que nos dice Jesús.

Una comida y una bebida que alimentan nuestra vida sobre la tierra, nos invitan a trabajarla y mejorarla, y nos sostienen mientras caminamos hacia la vida eterna.

(C)

Tras la multiplicación de los panes, Jesús ha ido conduciendo a sus oyentes a la aceptación de su persona. Quien les dio pan hasta la hartura, se revela como el Pan que asegura la vida. Quien les salvó del hambre un día, les salvará de la muerte para siempre.

Las dificultades que encuentran los judíos para comerlo son subsanadas por Jesús: sin comerlo ni beberlo (sin comerle a él) no hay vida que supere la muerte.

A medida que la vida pasa nos vamos dando cuenta de determinadas realidades: no siempre logramos todo lo que nos prometíamos; hay sueños que nunca lograremos; hay cosas que jamás pensamos y que son realidad: «Jamás me imaginé yo que podría llegar donde he llegado, hacer lo que estoy haciendo...». La vida tiene secretos y proyectos que nos desvela a su tiempo. Es imposible imaginarnos la vida; La vida nos enseña,

también, la gran lección de que más que alimentarnos de cosas, necesitamos personas que sean buenas como el pan, que estén a nuestro alcance y nos sean «alimento» en los momentos en que más lo necesitamos. La vida nos enseña que al final de la vida, como al principio de ella, lo que más necesitamos son personas que nos atiendan y nos comprendan. En el medio de la vida, con la plenitud de fuerzas naturales, cuando «nos comemos el mundo», casi nos alimentamos sólo de lo que hacemos. Pero esto, por mucho que dure, dura poco.

Hoy Jesús llega a la plenitud del anuncio y proclama: *«Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros»*. Lo que resulta asombroso y chocante en el discurso de Jesús, es que sin alimentarse de su carne, sin beber de su sangre, no hay vida posible. La vida no consiste en imitar a Jesús, sino en alimentarnos de Jesús, en tenerle por comida y por bebida, en asimilar su realidad. La imitación es siempre algo extrínseco. Jesús quiere algo más: ser alimento nuestro.

Este texto evangélico es anuncio de la Eucaristía.

Alimentándonos de Jesús nos saciaremos de Dios. Privándonos de la Eucaristía, agrandamos nuestra necesidad.

«No tiene derecho a quejarse de Dios, ni puede ser feliz, el cristiano que, pudiendo, no ahoga su sed ni calma su hambre con Cristo, pan de vida y bebida de salvación. Ni podrá estar seguro de ser resucitado tras su muerte, si durante la vida no se alimentó de Cristo. Es una lástima que, necesítándolo tanto, no lo convirtamos en pan de vida hoy y causa de resurrección. Es lo que quiere ser Jesús para todos nosotros» (J. J. Bartolomé).

(D)

TENER VIDA

Con frecuencia se habla entre nosotros de la «calidad de vida», pero desgraciadamente se trata de la calidad de los productos, el nivel de confort. Se diría que la vida mejora de calidad cuando mejora nuestro coche, nuestra lavadora o la urbanización donde vivimos.

Y, sin embargo, no es así. Se puede tener casi toda la «calidad de vida» que nos ofrece esta sociedad, y no saber vivir. «Ahora que el hombre dispone de todos los medios de vida, ya no tiene ganas de vivir».

Ciertamente, a muchos les falta vida.

Naturalmente, intentamos llenar nuestro «vacío de vida», rellenándolo de placer, agitación, codicia. Nos queremos llenar de cosas, pero las cosas son siempre algo muerto, incapaces de darnos vida.

No es tan extraño que crezca el número de hombres y mujeres enfermos, nerviosos, aburridos, tristes. No conocen la alegría de vivir. Es muy importante el trabajo que se realiza en tantos consultorios de médicos, siquiátras, sicólogos y asistentes sociales. Pero su trabajo puede quedar con frecuencia corto.

«Enseñar a hombres enfermos a vivir en una sociedad enferma, que los enferma todavía más es un círculo vicioso mientras no haya estaciones depuradoras que vuelvan a limpiar el ambiente público».

Es necesario ir a las raíces. Necesitamos descubrir un nuevo estilo de vivir. Plantearnos todo de una manera nueva. Volver a descubrir el misterio de la vida. Aprender a ser hombres más felices.

Y es aquí donde los creyentes debemos escuchar hoy la interpelación de Jesús como fuente de vida y esperanza para todos. Y descubrir el valor imperecedero del evangelio y su capacidad de animar y transformar la vida.

El hombre no encontrará su verdadera felicidad si no retorna a los valores evangélicos más hondos: la sencillez, la sobriedad, la solidaridad con todos, la acogida a los pequeños, la amistad sincera, el encuentro gozoso con el Padre.

Jesús puede infundir de nuevo en nosotros un deseo inmenso de vivir. Un deseo nuevo de verdad, belleza, plenitud. El puede ayudarnos a descubrir de manera nueva la vida, el amor, las relaciones humanas, la esperanza. El puede abrir horizontes nuevos a nuestra libertad. Puede despertar en nosotros nuevas aspiraciones de generosidad. Puede acrecentar nuestra capacidad de aceptar riesgos por la justicia y la verdad.

En Jesucristo no vamos a encontrar ante todo una doctrina, ni una moral, ni una filosofía. Vamos a encontrarnos con un acontecimiento capaz de dar nueva vida a nuestra existencia: **Dios compartiendo la aventura de nuestro vivir diario.**

Un Dios que puede abrir nuestra pobre existencia hasta el horizonte de la vida eterna.

¿Seremos capaces de **«alimentarnos de este pan?»**.

Escuchemos la promesa: **«El que coma de este pan vivirá para siempre»**.

P. Juan Jáuregui Castelo

